

# El fascinante mundo de los mapas

BEATRIZ TERRIBAS

Desde la Antigüedad hasta nuestros días los mapas han representado nuestra percepción del mundo, como muestra la exposición Cartografías de lo Desconocido organizada por la Biblioteca Nacional. Un compendio de más de doscientas piezas, procedentes de la propia Biblioteca, el Instituto Geográfico Nacional, la Agencia Estatal de Meteorología y otras colecciones españolas, que reflejan el esfuerzo desatado por el hombre para mostrar gráficamente su entorno.

**E**n los confines de Asia, América, África y Oceanía, las tribus más aisladas de la Tierra dibujan en la arena la ubicación de sus poblados y los itinerarios que recorren para conseguir alimentos. Su grado de desarrollo, equiparable al del hombre de la Prehistoria, induce a pensar que desde sus orígenes el ser humano ha representado el lugar que habita. Sin embargo, la evolución desigual de nuestra especie ha permitido que aquellos perecederos mapas de nuestros antepasados alcanzaran mayor trascendencia con el nacimiento de la escritura en el Antiguo Oriente Próximo. Precisamente de Babilonia procede el mapa más antiguo de la Humanidad, el Imago Mundi, del siglo VI a. de C que reproduce, labradas en arcilla, algunas ciudades de Mesopotamia y sus ríos. El conjunto está circundado por el Golfo Pérsico, frontera de las tierras ignotas representadas por triángulos equidistantes. En consecuencia su autor desconocía que en Grecia su coetáneo, el filósofo y geógrafo Anaximandro de Mileto, había trazado el primer mapamundi de la Historia,

avalado por sus estudios sobre el origen, la relación y proporción de todas las cosas. Aunque lamentablemente desapareció, según el testimonio de Herodoto, era de forma circular y representaba los tres continentes conocidos entonces: Europa, Asia y África. Si bien los eruditos griegos durante más de cinco siglos ratificaron la esfericidad de la Tierra, Claudio Ptolomeo la situó en el centro del Universo, innovadora concepción del Cosmos que permaneció inquebrantable hasta el siglo XVI.

### La tierra vista en un plano

Precisamente Pedro de Medina, cosmógrafo y cartógrafo de Carlos I, incorporó en su manuscrito Suma de Cosmographía un mapa que, fiel a la teoría ptolemaica, reproduce la Tierra en el centro del Universo. La obra muestra las diferentes proyecciones sobre un plano de la superficie terrestre y asigna además su movimiento a la inteligencia de Dios, premisa que inspiró gran parte de los ejemplares de los siglos XV y XVI, co-

---

mo puede apreciarse en la xilografía del *Liber Chronicarum*, de Hartmann Schedel o en la cosmografía de Francisco de Holanda.

La teoría geocentrista de Ptolomeo, vigente durante casi catorce siglos, fue desbancada por Copérnico en 1543 al concebir el Sol en el centro del Universo. Sin embargo, el heliocentrismo tardó casi un siglo en incorporarse a la cartografía, siendo el primer mapa que lo hizo el de Joan Blaeu, recogido en su *Atlas Novus*.

Pese al conocimiento de la esfericidad de la Tierra, la mayor parte los mapas de la Edad Media, alejados de cualquier deducción científica en favor de su concepción religiosa, reproducen nuestro planeta de forma circular y plana; como se puede apreciar en las Etimologías de San Isidoro de Sevilla, aunque otros clérigos del momento como Goussuin de Metz o Matfre Ermengaud la dibujaron de forma circular equiparándola a una manzana.

Los principios religiosos que guiaron estas obras prevalecieron hasta 1409 cuando Manuel Crisarolas y Jacopo Angeli tradujeron al latín la Geografía de Claudio Ptolomeo, donde el sabio greco-egipcio desvela su metodología para realizar trabajos cartográficos. Al dividir la tierra en 360° Ptolomeo pudo delimitar los paralelos y los meridianos, conocimientos fundamentales para trazar un mapa con proyección científica. El manuscrito escurialense de la *Cosmographía* de Ptolomeo reproduce el mundo conocido, la ecúmene, ya que la tierra incógnita actúa como límite del mapa que se muestra en la exposición. Ptolomeo también estableció las directrices a seguir para recrear la forma tridimensional de la Tierra en un plano, cuestión que entrañaba una dificultad añadida para los cartógrafos, no así para el arquitecto Filippo Brunelleschi Durero, que gracias a sus conocimientos de perspectiva lineal dibujó por primera vez en un mapa la imagen de nuestro planeta en una esfera armilar.

Con el comienzo de la Edad Moderna surgieron nuevas ideas cartográficas que, pese a su importancia posterior, en su momento resultaron a todas luces extrañas. Es el caso de la proyección cartográfica de Gerardus Mercator, concebida para diseñar mapas de la superficie terrestre que facilitasen la navegación. Al estar basada su proyección en la imagen de la tierra como un cilindro las distancias entre los meridianos se desfiguraban, al igual que las formas entre los paralelos, provocando una imagen distorsionada de los continentes. A pesar de ello, este mapa al permitir trazar líneas loxodrómicas para unir dos puntos de la superficie terrestre facilitó la elaboración de cartas náuticas, cumpliendo así con su finalidad primordial de orientar a los navegantes.

Otros cartógrafos más originales han representado nuestro entorno incluso bajo formas zoomórficas o humanas. Por ejemplo, en 1583 Michael von Aitzing dibujó los Países Bajos en forma de León, evocando el en-

frentamiento de esta provincia con España, y dos siglos después Vicente de Memije plasmó América y Filipinas sobre la efigie de la Inmaculada Concepción; pero antes de que se representase tan peculiar obra fue preciso descubrir aquellas tierras que modificaron por completo las imágenes cartográficas.

## Cartografiar nuevos territorios

Tras el descubrimiento de América el primer mapa-mundi que incluyó el continente fue la Carta Náutica de Juan de la Cosa, única obra cartográfica que se conserva de las realizadas por los navegantes que acompañaron a Colón en sus viajes a América. Si bien hasta entonces el mar Mediterráneo protagonizaba las cartas náuticas, a partir de aquel momento sería el océano Atlántico, como puede apreciarse en la carta de Alonso Peres, donde su autor ya separa África y Europa de las tierras americanas. Y es que aquel descubrimiento supuso uno de los acontecimientos más importantes de la historia de la Humanidad, como refleja el grabado de la obra *Nova Reperta* en el que el Nuevo Mundo prevalece sobre los ocho grandes descubrimientos tecnológicos de la Era Moderna.

Aunque a partir de 1506 los mapas empezaron a incluir la imagen de América, su perfil meridional sólo pudo dibujarse después de que Magallanes realizara la primera circunnavegación de la Tierra y Antonio de Pigafetta, cronista de la expedición, trazara los primeros mapas de la Tierra de Fuego. Tuvo que pasar algún tiempo para que aquellos territorios se incorporasen a la cartografía, ya que continuaron ausentes incluso en las cartas del *Treatrum Orbis Terrarum* de Abraham Ortelio, editado en 1570 y considerado el primer atlas moderno. Años después Lucas de Quirós, cosmógrafo mayor del Mar del Sur, ya incluyó en su obra el Estrecho de Magallanes y la Tierra de Fuego, archipiélago que también cartografió Antonio de Córdoba y Lasso en 1785 reflejando sus montañas, puertos y canales en el Plano del Laberinto de Córdoba, dos de las muestras más llamativas junto al mapa del río Amazonas, que reproduce su curso desde Quito hasta su desembocadura en el Atlántico, señalando algunas de las provincias por las que transita.

## El mapa, una obra de arte

La representación de un territorio en un plano se convierte en una obra de arte cuando además de proyectar su imagen exhibe aquellos ornamentos que nos ayudan a asimilar el paisaje y el paisanaje del lugar que reproduce. En los mapas del siglo XVI el dibujo de los continentes ya se enriquecía con un sinfín de alegorías, personajes mitológicos y animales fantásticos, entre otros elementos, una concepción artística de la cartografía que

alcanza su cénit a partir del siglo XVII, cuando los cartógrafos holandeses y alemanes, principalmente, elaboran los “mapas orlados”, concebidos para exhibirse en bibliotecas y salones. En ellos las imágenes territoriales quedan enmarcadas por una banda decorativa donde se recogen aquellos ornamentos que en estampas precedentes aparecían de forma aleatoria. Uno de los ejemplos más notables de esta tendencia es el mapamundi de Jean Baptiste Louis Clouet, cuyos hemisferios están circundados por una orla de veintidós medallones que reproducen la historia de la Humanidad según el Antiguo Testamento. Otros ejemplares se inclinan por representar los prototipos humanos de los continentes que reflejan, como ocurre en el mapa de África de Joan Blaeu o en la Carta Hydrographica y Chorographica de las Islas Filipinas de Pedro Murillo de Velarde, cuyos grabados ofrecen una detallada información de los pobladores de las islas, de su flora y fauna. Este recurso pictográfico también se desarrolló en los virreinos de Perú y Nueva España durante el siglo XVIII para mostrar la diversidad racial, las costumbres de sus habitantes, las castas que surgieron tras el mestizaje y la naturaleza. Tan elaboradas obras sobre el Nuevo Mundo tienen su precedente en las Cartas de relación que sistemáticamente los descubridores españoles enviaban a la Corona para informarle de las características de aquellos territorios. Eran dibujos minuciosos, similares a los del mapa de Tenochtitlan o al de Macuilxóchitl, y algunos de ellos fueron elaborados por nativos, ya que la tradición cartográfica es común en todos los rincones del Planeta.

Otros enclaves exclusivos de las creencias religiosas, también se han reproducido en planos que nos trasladan a lugares tan idílicos como el Paraíso, esquemáticamente dibujado en una copia del Comentario al Apocalipsis del Beato de Liébana y, con mayor rigor, en una de las cartas de un atlas de Gerard Mercator, donde el cartógrafo holandés sitúa además el Infierno en el polo opuesto del Paraíso.

La cartografía además ha perpetuado aquellos mundos legendarios ideados por pensadores y literatos de todos los tiempos, legándonos, entre otras, obras tan originales como el mapa de La Mancha, donde el cartógrafo Tomás López plasmó algunos de los itinerarios recorridos por Don Quijote, retratado con maestría junto al resto de los personajes de la obra cervantina por Gustavo Doré.

Más allá de estos lugares, concretamente en el Nuevo Mundo, también afloraron enclaves extraordinarios como el mítico reino de El Dorado, inmortalizado en el mapa de Pieter Van der Aa que lo sitúa en el país de La Guyana. En cambio en los confines septentrionales de América nuestros navegantes se aventuraron para descubrir el Paso del Noroeste, inicialmente una hipotética vía de conexión entre los océanos Atlántico y Pacífico que les permitiría alcanzar las Indias Orientales. En 1592 Juan de Fuca localizó en la costa del Pacífico

la apertura de aquel estrecho de comunicación, recorridos años después por Bartolomé Fonte. Los datos que aportaron de sus travesías sirvieron a Thomas Jeffery para trazar un mapa de la zona, también cartografiada por Juan Bautista Muñoz, según las referencias del viajero Lorenzo Ferrer Maldonado, quien surcó el Paso del Noroeste bordeando la Península del Labrador.

## Secretos de la cartografía

A lo largo de la historia los cartógrafos no siempre han representado fielmente la realidad en sus obras, obligados en parte por sus patrocinadores, por las imposibilidades técnicas del momento o por desconocimiento. Ya en el Medioevo, la censura evitó que en algunas proyecciones se contemplase la presencia mahometana de Al-Andalus para eliminar de las mismas a los enemigos de la Cristiandad. Más tarde, diversas cartas coloniales fueron también silenciadas, en el caso de la de América Meridional de Juan de la Cruz por ofrecer datos exhaustivos de la línea de demarcación entre las propiedades españolas y portuguesas de Brasil. En otras obras de autores anglosajones se trataba de modificar la realidad etnográfica de los lugares inspeccionados, estereotipando a los nativos como “salvajes” o de silenciar la existencia de determinados grupos humanos en beneficio de la actitud paternalista de sus colonizadores, como se puede apreciar en el mapa del Indostán de James Rennell, que omite la presencia islámica en la Península, no así la de los brahmanes, quienes aparecen en una cartela entregando sus libros sagrados a los ingleses para su custodia.

Por el contrario, el espectacular mapa inacabado de España alude a motivos de carácter político y técnico. La obra, encomendada en 1739 por el marqués de la Ensenada a Carlos Martínez y a Claudio de la Vega, no incluye el noroeste peninsular ni los archipiélagos de Baleares y Canarias, al no haberse podido efectuar allí las operaciones geométricas necesarias por la destitución de su promotor.

La muestra de la Biblioteca Nacional se completa con una serie de mapas temáticos que desde el siglo XIX abarcan las más variadas disciplinas. Entre ellos destacan los que nos aproximan a los cuerpos celestes y a los fenómenos que sus movimientos producen en la Tierra, aquellos que reproducen la estructura geológica de nuestro planeta o su estado atmosférico, y especialmente, los que de modo enciclopédico ofrecen una visión global de la Humanidad y el medio en el que habita. Una corriente que entra en vigor en el siglo XIX como medio de divulgación pedagógica de las investigaciones realizadas por los científicos del momento. ■

### Bibliografía

- ✓ *Cartografías de lo desconocido. Biblioteca Nacional de España 2017.*